

Dead Letter Office

Those who identify, consciously or not, with the white adventurers who seized the northern part of California from Mexican cattle-ranchers in the 1840s continue to regard the long peninsula of Baja California as a kind of vestigial organ, a primeval, reptilian tail. Here, in the place of escape, drunkenness and dreams, it is permissible to vomit without shame.

The dream-work performed by the "white system" imagines "Baja," a lower space, as a utopia of childhood freedoms, a space in which lobsters can be devoured ravenously, vehicles driven with reckless abandon. The fugitives in Hollywood films invariably seek the border, as if no laws held beyond.

And now Hollywood itself is fugitive, crossing the triple fence to stage its own expensive retelling of the story of modernity's encounter with the primordial abyss.

Extras float and shiver among the dummy corpses, flailing about and gagging on command, a veritable reserve army of the drowned. Eighty miles north, hapless immigrants stumble upon another narrative, a dress rehearsal for an amphibious landing. A California congressman, the architect of the triple fence, worries about Chinese nuclear weapons smuggled across the border in cargo containers. A former secretary of defense writes an illiterate scenario for an invasion of Mexico. The United States Marines investigate having their tank transporters built in Tijuana by a Korean conglomerate. A North American actor, reading the voice-over to a promotional film for the same Korean conglomerate, slips and speaks of the "artesian" traditions of Mexican labor.

A paranoid truth at the end of the twentieth century may be closer to this: the industrialized northern border of Mexico is the prototype of a grim Taylorist future. The re-floated Titanic is the belated harbinger of the runaway assembly-line. A reservoir of cheap labor is contained and channeled by the hydraulic action of an apartheid machine. The machine is increasingly indifferent to democracy on either side of the border, but not indifferent to culture, to the pouring of oil upon troubled waters.

The photographs were made between August 1996 and June 1997.

Cajón de cartas no recogidas

Aquellos que se identifican, conscientemente o no, con los aventureros de raza blanca que se apoderaron del norte de California que pertenecía a los ganaderos mexicanos en la década de los años 1840, siguen considerando la larga península de Baja California como una especie de órgano residual, cola de un reptil primario. Ahí, en ese territorio para escapadas, borracheras y ensueños, se permite vomitar sin vergüenza.

El trabajo de ensueño emprendido por el "sistema de la cultura blanca" se imagina a "Baja" como un espacio inferior, una utopía de libertades infantiles, donde las langostas pueden ser devoradas con voracidad, donde los coches se manejan con imprudente abandono. Los fugitivos, en las películas de Hollywood, buscan invariablemente la frontera, como si ninguna ley existiera más allá.

Y ahora, Hollywood mismo huye, cruza la triple barda para exponer su propia y muy cara versión de la historia de una modernidad que tropieza con un abismo primordial.

Los extras flotan y tiemblan entre maniqués de cadáveres, gesticulando y atragantándose según las órdenes, un verdadero ejército de ahogados. Ciento sesenta kilómetros al norte, inmigrantes desafortunados tropiezan con otra narrativa, el ensayo general de un desembarco marítimo. Un senador de California, arquitecto de la triple barda, se preocupa por las armas nucleares chinas que cruzan la frontera ilegalmente en contenedores. Un ex secretario de la Defensa de los Estados Unidos escribe el inepto guión de una invasión a México. Los *US Marines* investigan cómo un consorcio coreano lograría construir sus portaviones en Tijuana. Al leer el texto de una película promocional de esta misma compañía coreana, un actor estadounidense, se equivoca y habla de las tradiciones "artesianas" del trabajo en México.

Una verdad paranoica al final de este siglo veinte podría resumirse de la siguiente manera: la industrializada frontera del norte de México es el prototipo de un sombrío futuro taylorista. Al volver a flotar, el *Titanic* es el vetusto precursor de una maquiladora fugitiva. Un embalse de mano de obra barata contenida y dirigida por la acción hidráulica de la maquinaria del *apartheid*. La máquina es cada vez más indiferente a la democracia en ambos lados de la frontera, pero no es indiferente a la cultura, al derramamiento de aceite sobre aguas turbias.